

FRAY DIEGO DE BASALENQUE

*Historia de la Provincia de San Nicolás  
de Tolentino de Michoacán del Orden  
de S. Agustín. México, 1673*



*Fray Diego de Basalenque era salmantino; nació en la ciudad del Tormes el día 25 de julio de 1577. Sus padres Alonso Serrano e Isabel Cardona, quienes tuvieron trece hijos de los cuales dos fueron agustinos, tres sacerdotes clérigos y uno jesuíta, decidieron pasar a Nueva España cuando Diego sólo tenía nueve años. El lugar escogido para su residencia fué Puebla, pero antes de llegar a ella falleció la madre de Diego, en la villa de Jalapa, por lo que éste fué encomendado a un tío suyo y homónimo, pues se llamaba también Diego Basalenque, quien le puso en la escuela de García Rojo, hombre virtuoso y caritativo, quien le enseñó a leer y a escribir en poco tiempo. Mirando el tío los adelantos del chico, y que se ingeniaba a estudiar, pues era ya hábil matemático, lo trajo a la ciudad de México para internarlo con los padres de la Compañía de Jesús en su Colegio*



Máximo de San Pedro y San Pablo, donde cursó gramática latina con mucho provecho. Teniendo quince años y siendo tan humilde devoto y aficionado a la vida sacerdotal, trataron sus maestros de persuadirlo para que ingresara a la Compañía, pero prefirió mejor la orden de San Agustín, pidiendo el hábito en el convento de México, en donde profesó el día 4 de febrero de 1598, en manos del entonces prior Fr. Pedro de Agurto, después Obispo de Cebú en las Islas Filipinas.

Sus aficiones bibliográficas se revelaron bien en sus días de novicio, en que se dedicó a componer los libros del coro, formando una nómina de ellos; así también en la librería conventual ayudaba a empastar libros en pergamino y con rara habilidad ponía los rotulones en los lomos de cada volumen.

Dedicado por entero al estudio de la música, en la que fué aventajado, y en aprender las lenguas griega y hebrea que le enseñó el maestro Fr. Gonzalo Hermosillo, después Obispo de Durango, su prelado ordenó a Fr. Diego, en atención a sus conocimientos, que enseñara gramática latina a los novicios sus compañeros.

Con motivo de la inauguración del general, o salón de actos del nuevo Colegio de San Pedro de México, fué designado Fr. Diego para sustentar un acto literario, que presidió el Ilmo. don Fr. Juan de Zapata, Obispo de Guatemala y antiguo agustino de la provincia mexicana.

Las cualidades, saber, humildad y piedad del joven fraile, fueron motivo para que, al dividirse la orden, creando la provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán, Fr. Diego

fuera escogido para integrar el personal de ella, en calidad de lector de filosofía, cátedra que desempeñó sucesivamente en los conventos de Yuririapúndaro y Valladolid, y más tarde en este último y en el de Zacatecas fué lector de teología. Tuvo, asimismo, la prelación de varios conventos, entre otros el de la casa matriz en Valladolid (hoy Morelia), el de San Luis Potosí, y el oficio de secretario de provincia. Residiendo en Valladolid fué elevado a la categoría de maestro de la orden, acto que realzaron con su presencia los cabildos civil y eclesiástico, los prelados de otras órdenes y las personas nobles y más distinguidas de la ciudad.

En el capítulo efectuado en el convento de Tiripetío el 4 de marzo de 1623, Fr. Diego fué electo por unanimidad Prior provincial, con lo que culminó su carrera dentro de la orden al convertirse en el jefe de toda la provincia.

Como buen agustino de su tiempo, tenía especial predilección por la edificación suntuosa de templos y conventos, siendo la casa de Valladolid una de las más favorecidas en este sentido, sin que por ella olvidara otros muchos conventos de menor cuantía, y hasta los apartados y enclavados en lugares de poca monta.

Hombre sumamente ilustrado, aficionado a las tareas docentes, estimó la cultura como la base fundamental de su instituto, y de acuerdo con esta idea, creó escuelas, fundó cátedras y dotó becas hasta en colegios fuera de la orden, en bien de la institución general. El interés que tuvo siempre por las bibliotecas conventuales y su engrandecimiento material, mediante la adquisición de obras nuevas, fué, hasta en



los días más ocupados de su alto cargo, objeto de sus preferencias.

Quien como él cultivaba por natural inclinación el ejercicio de las letras, explica por qué tomó como deber suyo, escribir la historia de la orden de San Agustín en Michoacán, obra meritoria, bien escrita, de fácil y amena lectura, que puesta en limpio en un grueso libro, escrito todo de su mano, presentó a la orden, indicando que ese era "un débil tributo de gratitud para su madre la provincia, de quien se sentía hijo amantísimo y agradecido".

Concluida esta tarea que él conceptuaba un deber, sin acordarse más de los puestos tan elevados que había tenido, volvió a sus tareas de fraile doctrinero y a impartir sus conocimientos superiores en las cátedras de los noviciados.

Sexagenario ya, quiso todavía añadir, en bien de las tareas apostólicas, nuevos conocimientos a los que tenía adquiridos: notando que había falta de ministros que conocieran la lengua pirinda o matlaltzinca, se retiró al convento de Charo, centro de los indígenas que la hablaban, y con el mismo tesón y entusiasmo de sus años mozos se puso a estudiarla tomando como maestros a algunos indios viejos, y auxiliándose con un vocabulario manuscrito que fué del P. Fr. Francisco de Acosta, gran predicador en esa lengua. Cuando sus conocimientos se lo permitieron, reuniendo a sus maestros y a otros indios doctos, redactó un "Arte y Diccionario de la lengua matlaltzinga", más copioso que el arte de la lengua tarasca que para idénticos fines didácticos tenía ya hecho de tiempo atrás.

Cargado de méritos y de años, pues ya frisaba en los 74, comenzó Fr. Diego a padecer de disenteria, que con alternativas de gravedad y mejoría iba minando al viejo agustino. Durante su enfermedad le visitaron muy ilustres personas, como el Deán de la catedral de Valladolid, electo ya Obispo de Nicaragua, el Comisario de la Orden de San Francisco y los provinciales de Santo Domingo y la Compañía de Jesús.

Rodeado de la comunidad de Charo y de numerosos indígenas, que mucho le amaban, falleció a las 12 de la noche del 12 de diciembre de 1651.

Fué Fr. Diego de Basalenque el tipo clásico del misionero: dedicado por entero a sus tareas no reparó ni en los años ni en los achaques propios de la edad para dejar sus habituales trabajos en pro de los indios.

Muy ilustrado, supo con eminencia las lenguas castellana, latina, italiana, griega, hebrea, tarasca, mexicana y matlaltzinca; dedicado en todos sus ratos libres al estudio, dejó más de 20 obras, sobre teología, filosofía, oratoria, derecho canónico y como principales, las lingüísticas matlaltzinca y tarasca y su historia o crónica de Michoacán, que es, sin duda, la que le dió más fama.

Veintidós años después de su muerte, la provincia agustiniana de Michoacán quiso honrar la memoria de Fr. Diego, dando a la publicidad la obra capital escrita por él.

Es un volumen en 4º, con el título de: "Historia de la Provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán, del Orden de N. P. S. Agustín por el P. M. Fr. Diego Basalenque, hijo de la Provincia de México, del mismo orden,

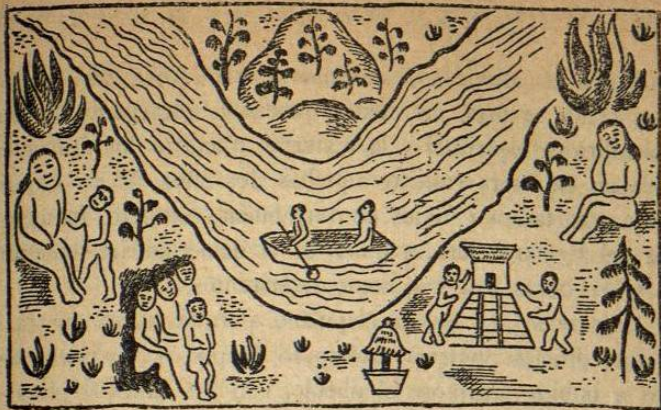


y asistente en la de Michoacán. Dedicado a la misma Provincia de San Nicolás de Tolentino. Hízose el año de mil y seiscientos y quarenta y quatro. Imprimiose siendo Provincial de dicha Provincia el M. R. P. Presentado Fr. Simón Salguero. Año de 1673. (Una imagen de S. Nicolás entre adornos tipográficos). Con Licencia. En México. Por la Viuda de Bernardo Calderón, en la calle de San Agustín". Portada, vuelta en blanco, 11 hojas de preliminares sin foliar, 219 hojas a dos columnas de texto, y el índice, sin foliar, en 3 hojas.

Hay una segunda edición de "La Voz de México" (tomos I, II y III). México. Tip. Barbedillo y Comp. Montealegre, 17. 1886.

Expuesta la capacidad del autor, su cultura y letras, no es de extrañar que su historia sea una de las mejores crónicas que nos dejó la literatura colonial; dentro del estilo particular de estas obras, la del maestro Basalenque tiene fluidez, vida y movimiento, y su lectura se hace sin fatiga por la amenidad que sabe darle a su relato.

De ella se han insertado aquí dos capítulos referentes a Tiripetío, que dan plena luz sobre lo que en realidad fué aquella célebre casa, donde se pusieron los primeros estudios mayores de la orden y no una universidad, como equivocadamente se ha dicho con alguna insistencia.



DE LAS FABRICAS QUE SE HICIERON EN  
TIRIPETIO, EN EL PRINCIPIO DE LA  
PREDICACION EVANGELICA

No por habernos detenido tanto tiempo en tierra caliente, contando todo lo que en ella se obró, espiritual y corporalmente por espacio de treinta años, no nos olvidaremos de contar lo que en Tiripetío se iba obrando en lo material; antes volviendo a tomar el hilo, digo: que el año de 1537, cuando ya estaban los más catequizados y se trataba del edificio espiritual de la administración de los santos Sacramentos y doctrina Cristiana, como queda dicho, luego el mismo año se trató de las fábricas, así del pueblo, como de la Iglesia, y se echó para todo el nivel y medida, echando cordeles y abriendo zanjas; para lo cual vinieron